

PASAJEROS DEL ÚLTIMO TRANVÍA

“Si aquí no hay otro remedio sino confesar o morir...”
Quijote. Cap.LXIV

El bachiller subió, acaso en el Raval,
buscando su lugar. Camino de la playa
se había vaciado aquel vagón
de ilusiones con casco y espadaña.
Apenas quedaba ya un viajero enjuto
sentado al fondo, contemplando
en la pantalla del móvil unos ojos
de pardas lejanías.

Se sentó frente a él,
sólo un pasillo aislaba
la aciaga terquedad del día insomne.
El triste pasajero se aflojó
la gola de la angustia sobre el cuello,
presumía un destino
de aciagas sementeras, el retorno
al barbecho fugaz de la cordura.

Estaban solos, nada había
más que un envite ciego a la esperanza,
un pleito de bellezas ensoñadas,
un desafío tras las ventanillas
opacas de dolor, y aquella apuesta
al futuro alineado de los sueños...

El bachiller bajó, acaso por el Born,
en alguna parada de almas viejas,
dejando al hombre triste
el periódico del día, una sentencia
más lenta que la muerte, y un dolor
de imposibles batiéndole el costado.

*En su traje, marengo de hidalguía,
quedó el dolor de ser sin haber sido,
la certidumbre aciaga de ese día...
Hallóse, al fin, más viejo y más herido
asiendo el maletín de la utopía
con su única mano, y ya vencido...
Pasajero del último tranvía
que, al albur de un tiempo ya perdido,
arrastra su locura todavía
y no tiene parada en el olvido.*

Amando García Nuño